

1 INTRODUCCIÓN

1.1 ¿Vale la pena estudiar la pronunciación del inglés?

1.1.1 Con el paso de los años, nuestra forma de escuchar y de pronunciar el español ha terminado por convertirse en un hábito tan fuerte que nos impide reconocer y reproducir con naturalidad cualquier sonido exótico. Ello es debido a que, aunque todos somos capaces de emitir gran cantidad de sonidos distintos, cada comunidad adopta una idea exclusiva con respecto a cuáles han de ser los sonidos «útiles» a la hora de distinguir unas palabras de otras; los demás sonidos son considerados simples ruidos o fallos que se cometan al pronunciar alguno de los sonidos «ideales». Para el oído español, el habla inglesa está plagada de ruidos difusos y cambiantes que, con suerte, nos recuerdan a tal o cual sonido «auténtico», y cuando intentamos reproducir alguno de esos ruidos, solo conseguimos pronunciar aquello que llevamos repitiendo durante años: nuestros viejos sonidos caseros, que tanto confunden a los hablantes de inglés sin que nos demos cuenta de ello y sin que estos lo hagan notar. Veamos un ejemplo:

A los hispanohablantes nos parece muy natural que solo existan, aparentemente, cinco vocales. ¿Qué otra vocal podríamos añadir al grupo compuesto por *a*, *e*, *i* (escrita a veces *y*), *o*, *u*? Pero un buen día, ante la pregunta *¿Qué sucedió entonces?*, escuchamos a un anglohablante comparar en inglés las dos respuestas siguientes:

1. *I got a cat.*
2. *I got a cut.*

La respuesta 1 podría traducirse libremente por ‘Compré un gato’, y la respuesta 2 por ‘Recibí una herida’. Lo que las diferencia no es más que un simple cambio de vocal que, sin embargo, somos incapaces de valorar: ¿No se pronuncia como una *a* la vocal de *cat*? ¿Y no sucede lo mismo con la letra *u* de *cut*? ¿Cómo pueden entenderse entre sí los hablantes de inglés?

1.1.2 El secreto está en que los hablantes de inglés (como los de español, francés o ruso) poseen su particular colección de vocales «útiles», y así como nosotros nunca confundimos la vocal de *paz* con la de *pez*, tampoco ellos confunden la de *cat* con la de *cut* por muy parecidas que nos resulten; esta última es una distinción que nunca se nos ha ocurrido hacer porque, simplemente, no nos sirve para nada, así que nuestro oído la ignorará por completo a menos que alguien la aísle y analice para nosotros. Solo los niños pequeños, libres aún de costumbres arraigadas, son capaces de escuchar sin prejuicios y de asimilar instintivamente la pronunciación de cualquier lengua.

1.1.3 Es necesario advertir, además, acerca de un hecho peculiar y de gran trascendencia: la existencia de cierto número de palabras inglesas, de uso constante, cuya pronunciación varía notoriamente según la posición que ocupan en la frase. Cuando se la pronuncia de forma aislada, la palabra *to* –por ejemplo– suena igual que *two*; sin embargo, el anglohablante establecerá siempre una distinción nítida entre *Try to fish* (=‘Intenta pescar’) y *Try two fish* (=‘Prueba dos pescados’), «distorsionando» probablemente para ello la pronunciación inicial de *to* tal como se explica más adelante (véase sección 6.3.36). Sigue lo mismo con la distinción *for – four* (ver 6.3.12) en *just for animals; not for people* (=‘solo para animales; no para personas’), frente a *just four animals; not four people* (=‘solo cuatro animales; no cuatro personas’). Se trata, obviamente, de un fenómeno que también condicionará nuestra comprensión del habla inglesa y al que en su momento dedicaremos la debida atención.

1.2 ¿Cómo se estudia la pronunciación del inglés?

1.2.1 Los capítulos iniciales de este libro están dedicados a los sonidos (vocales y consonantes) que los hablantes de inglés emplean para distinguir unas palabras de otras. En cada explicación deben quedar claras dos cuestiones fundamentales: a) qué se espera que escuchemos cuando uno de dichos sonidos llega a nuestro oído, y b) cómo reproducir el sonido escuchado.

Audición

1.2.2 Haciendo uso del material sonoro disponible, nos concentraremos en un único sonido cada vez, escuchándolo atentamente para captar su esencia (aquel que lo separa de otros sonidos semejantes, sean estos ingleses o españoles), sin permitir que los sonidos circundantes nos distraigan. Y no nos engañemos pensando «muy bien, ya he oído el sonido en cuestión y está claro que se parece a la *a*, o a la *s*, etc.»; para descubrir las señales que delatan el sonido auténtico se requerirá una atención muy concentrada. Adviértase, sin embargo, que concentrar la atención no equivale a inmovilizarla: así como en la oscuridad resulta más fácil distinguir un débil punto de luz si lo rodeamos con la mirada, también en el caso del sonido conviene aproximarse desde distintos ángulos y en repetidos asaltos. A lo largo de las sesiones que se precisen, escucharemos el mismo sonido, atenta y repetidamente, hasta que su «individualidad» con respecto a otros sonidos similares nos resulte tan evidente como la de nuestra *p* con respecto a la *b* o a la *m*. El objetivo final es la memorización de un nuevo juego de sonidos útiles, independiente del que nos viene dominando desde la infancia.

Producción

1.2.3 Solo cuando somos capaces de oír un sonido nos hallamos en condiciones de intentar pronunciarlo. Pero esto último tampoco resulta fácil. Es como si tratásemos de escribir con la mano opuesta: sabemos cuál debe ser el resultado final, pero desconocemos los movimientos a efectuar para lograrlo, y sería peor que inútil esperar el éxito por el método de repetir una y otra vez los (inevitables) errores iniciales. Necesitaríamos una descripción minuciosa de cada postura y de cada movimiento de la mano antes de empezar a ensayar muy lentamente, y una vez que aprendiésemos a realizar un movimiento completo, aún quedaría la cuestión de su enlace con el movimiento que le siguiese. Después vendrían horas de práctica consciente hasta que, por la costumbre, los movimientos se realizasen de forma automática y a la velocidad normal.

También el habla es una habilidad física, aunque mucho más compleja que cualquier otra. Comenzaremos nuestro entrenamiento intentando reproducir, según las indicaciones del libro, alguno de los sonidos que ya hayamos memorizado. Ahora se trata de prestar atención al sonido que salga de nuestra propia boca, reajustándolo en cada intento hasta igualarlo a su modelo ideal. Desgraciadamente, no podremos contar con la colaboración de nuestros órganos del habla, que se resistirán a efectuar cualquier movimiento al que no estén acostumbrados. Procederemos, pues, lenta y reflexivamente: ante la más mínima desviación de lo que consideremos correcto, nos detendremos por un instante y volveremos al punto anterior al fallo, y de nuevo lo intentaremos (sin perder de vista nuestro modelo ni dejar de «auto-observarnos»), hasta lograr una pronunciación lo más realista posible. Alcanzada esta meta, entraremos en la fase de repaso intensivo, en voz alta y durante sesiones cortas pero frecuentes (algunos minutos cada día), con objeto de que los nuevos sonidos terminen por aflorar espontáneamente cuando nos expresemos en inglés. Para lograrlo no se requieren dotes especiales, sino constancia.

1.3 Distintos tipos de «inglés»

La pronunciación del inglés, como la del español, varía según el origen de sus hablantes, pero por encima de esas diferencias existen unos rasgos comunes, dentro de cada lengua, que nos permiten hablar de pronunciación inglesa en sentido amplio, en oposición a los modos típicamente hispánicos.

En este libro se describen aquellos rasgos que separan más radicalmente la pronunciación inglesa de la española, y aunque para ello se ha tomado como modelo el habla británica estándar, debe quedar claro que, en lo verdaderamente decisivo, las explicaciones que ofrecemos valen también para el inglés americano.

1.4 Sonidos y letras

1.4.1 Las lenguas se componen, por tanto, de sonidos útiles que varían de una lengua a otra, mientras que la escritura alfábética es un invento que se sirve de grupitos de letras con los que intentamos evocar tal o cual expresión hablada. Pero las letras de un mismo alfabeto pueden recibir, según los idiomas, unos usos muy variados. Recordemos un famoso ejemplo:

¿Qué apellido inglés, compuesto por sonidos ingleses, se intenta evocar mediante el grupito de letras *Cholmondeley*? La respuesta es que cuando alguien llamado *Cholmondeley* pronuncia su apellido, suele decir algo parecido a «*chámli*». O sea, que sobra la mitad de las letras con las que se representa ortográficamente dicha palabra.

En inglés (hablando figuradamente), las letras se juntan para dibujar un concepto, y NO para representar los sonidos de la palabra en cuestión. Algo parecido sucede en español cuando agrupamos cifras para escribir

una cantidad: ¿cómo se pronuncian las «letras» 0 y 1 de las «palabras» españolas 10, 100 y 1.000, así escritas? ¿Podría un extranjero conocer la pronunciación española de los números 10, 100 o 1.000 únicamente a partir de los símbolos que los forman?

1.4.2 Como se ve, la ortografía corriente no parece muy fiable, así que recurriremos a un alfabeto algo distinto en el que, para evitar sorpresas, cada sonido útil será invariablemente evocado por una única letra asignada exclusivamente a él. En nuestro estudio de los sonidos útiles ingleses, iremos asignando a cada uno de ellos un símbolo especial que muchas veces coincidirá con alguna de las letras del alfabeto, aunque también emplearemos algunos signos que inicialmente resultarán quizá un poco raros. De este modo, las ya conocidas *cat* y *cut* pasarán a representarse (entre barras oblicuas cuando convenga insistir en la naturaleza ideal de sus sonidos) como /kæt/ y /kʌt/ respectivamente.

1.4.3 Lo dicho no impedirá que, en ocasiones, un único sonido útil (representado por un símbolo exclusivo) pueda pronunciarse de varias formas sin perder por ello su identidad. En español sucede lo mismo; piénsese en las dos pronunciaciones que solemos dar al sonido útil *d* en la frase *un dado* cuando hablamos rápida y descuidadamente: para pronunciar la primera *d*, la punta de la lengua se aprieta contra la cara interna de los dientes de arriba; en su segunda aparición, la *d* puede recordar a una zeta castellana muy débil y breve, con la punta de la lengua rozando el borde de los dientes.

1.5 Por encima de los sonidos

1.5.1 Los sonidos útiles no nos interesan por sí mismos sino por la impresión de conjunto que transmiten al encadenarse en frases. En este libro, la palabra *frase* hace referencia a toda expresión articulada en torno a un único giro de la voz. He aquí algunos ejemplos españoles (Las frases

que componen una declaración extensa se separan unas de otras mediante la barra vertical |):

- ¡Hola! (Una sola frase).
- *Hasta mañana.* (Una sola frase).
- *Dame unos cuantos más.* (Una sola frase).
- *Si quieres, | te acompañó.* (Dos frases).
- *La intensidad de la luz | puede variar.* (Dos frases).
- *Dentro de media hora, | vienen sus hermanos.* (Dos frases).
- *¿Qué dices?* (Una frase).
- *Que dentro de media hora, | los hermanos de Alfonso Rodríguez del Moral | vienen a visitarnos.* (Tres frases).

1.5.2 Volviendo a esa impresión de conjunto de la que hablábamos, pensemos en los posibles significados de la secuencia española *p + a + r + a + d + o + s*. Todo dependerá del lugar en que la voz sea capaz de apoyarse o cambiar de altura:

- *paRAdos* (Es decir, ‘inmóviles’ o ‘sin empleo’).
- *para DOS* (Posible respuesta a *¿Para cuántos?*).
- *PAra DOS.* (O sea, ‘Te ordeno que pares dos’).

Y aún serían posibles otras variaciones que tampoco afectasen a la naturaleza y al orden de los sonidos:

- *¿Parados?* (*Lo pregunto*).
- *¡Parados!* (*Me parece asombroso*).

Esos apoyos y movimientos que la voz efectúa sobre una determinada secuencia de sonidos son los que hacen que ésta cobre vida finalmente. Atendiendo, por ejemplo, a la expresión inglesa *There was a bamboo chair in the room*, podríamos preguntarnos cómo «cantarla» según las circunstancias y qué errores convendría evitar en todo caso. Y aquí habríamos de recordar la advertencia que hicimos en la sección 1.1.3, acerca de la peculiar distorsión que determinadas palabras inglesas sufren

según su posición en la frase. Añadamos por último que también entraría en juego no solo esa exótica combinación de sonidos, distorsionados a veces hasta resultar irreconocibles, que se apresuran aquí y se alzan o caen allá de modo inexplicable; detrás de todo ello, además, existe un conjunto de hábitos de pronunciación que dan carácter a cada idioma y que dirigen sus reacciones ante las distintas circunstancias del habla. Ejercitaremos la esencia de esta base expresiva aplicando el método expuesto en 1.2 a los diversos elementos que nos disponemos a estudiar. Comencemos por lo básico: las vocales y las consonantes del inglés.

(Para conocer algunos detalles «técnicos» acerca de lo tratado en esta introducción, véase el apartado 11.1. En cuanto al delicado asunto de los prejuicios suscitados hasta hoy por estas cuestiones, remitimos al lector al informe *Speaking Up: Accents and Social Mobility*. Londres: The Sutton Trust, 2022, elaborado por Erez Levon, Devyani Sharma y Christian Ilbury).